

Trabajo para los alumnos con Literatura Universal pendiente:

Debes realizar el siguiente trabajo y entregarlo el día del examen. La calificación del mismo atenderá a los siguientes criterios:

1. El rigor en la respuesta y la justificación, en los casos que se solicite, de la misma.
2. La presentación del ejercicio.
3. El carácter personal de las actividades, que no se conviertan en un *simple copia y pega* de las fuentes. Debes incluir la bibliografía o webgrafía que hayas utilizado.

CUESTIONES:

1.- Ubica en un eje cronológico a los siguientes autores, señala el movimiento al que pertenecen y extrae las características principales, tanto del movimiento como del propio autor, así como las obras más destacadas del mismo: BLIE01C04: (Estándares 11)

- Dante Alighieri
- William Shakespeare
- James Joyce
- Fiodor Dostoievski
- William Faulkner
- Nikolai Gogol
- Eugene Ionesco

2.- Elige una de las dos opciones BLIE01C02: (Estándares 10)

- Analiza las diferencias existentes entre los movimientos del realismo y el naturalismo europeos.
- Analiza las características de la llamada Generación perdida. Quiénes la componen, por qué se llama así, cuales son las peculiaridades de sus componentes. Busca frases de los diferentes autores que te resulten llamativas y utilízalas para:
 - compararlas con la situación social actual
 - entender el modo de vida de esos autores

3.- Busca el significado y justifica los siguientes tópicos literarios BLIE01C02: (Estándares 5,6)

- ✓ locus amoenus
- ✓ fugit irreparabile tempus
- ✓ quomodo fabula, sic vita
- ✓ theatrum mundi
- ✓ ubi sunt
- ✓ amor post mortem

4.- Explica, con tus palabras, el significado de los siguientes términos. Utiliza ejemplos. BLIE01C01: (Estándares 2)

- Acotación escénica o didascalía
- Clímax y anticlímax

- *Carpe diem y collige, virgo, rosas*
- Catarsis
- Efecto de distanciamiento
- Enumeración caótica
- Parábola
- *Pathos*
- *Tempus fugit*
- Mito
- Monólogo, aparte, soliloquio

5.- Lee el siguiente fragmento de *Las uvas de la ira* (1939), de John Steinbeck, en que se relata con gran crudeza la expulsión de los campesinos que -obligados por el poder de los bancos- se ven desposeídos de su único medio de vida e impelidos a emigrar hacia un destino incierto: BLIE01C04 (Estándares 1, 2, 3, 5, 8)

Os tendréis que ir.

Pero es nuestra, gritaron los arrendatarios. Nosotros...

No. El banco, el monstruo es el propietario. Os tenéis que ir.

Sacaremos nuestras armas, como hizo el abuelo cuando vinieron los indios. ¿Y entonces qué?

Bueno, primero el Sheriff, después las tropas. Si intentáis quedaros estaréis robando, seréis asesinos si matáis para quedaros. El monstruo no está hecho de hombres, pero puede hacer que los hombres hagan lo que él desea.

Pero si nos vamos, ¿dónde vamos a ir? ¿Cómo nos vamos a ir? No tenemos dinero. Lo sentimos -dijeron los enviados-. El banco, el propietario de cincuenta mil acres no se hace responsable. Estáis en una tierra que no os pertenece. Una vez que la dejéis, a lo mejor podréis recoger algodón en otoño. Quizá podáis vivir del auxilio social. ¿Por qué no vais hacia el oeste, a California? Allí hay trabajo y nunca hace frío.

JOHN STEINBECK, *Las uvas de la ira*

¿Encuentras algún paralelismo entre estos efectos de la Gran Depresión y la crisis que se ha dado en España en los inicios del siglo XXI? Razona la respuesta.

6.- Realiza un comentario del siguiente texto literario. Pertenece a la Novela corta *La Perla* y debes comentar el apartado en **negrita** del mismo, la parte anterior te debe servir para contextualizar. Debes identificar el tema.: BLIE01C01: (Estándares 2, 3, 8, 10)

JOHN STEINBECK – LA PERLA

Oyó un murmullo tras de sí.

Juana susurraba -Coyotito - procurando que estuviese quieto callado.

El niño protestaba y su voz apagada indicaba que Juana le había cubierto la cabeza con el chal.

Al pie de la montaña brilló una cerilla y a luz pudo ver que dos de los hombres dormían y tercero montaba la guardia con el rifle sobre rodillas. Luego la luz se extinguió, pero dejó en la retina de Kino un cuadro imborrable. Vela a los dos hombres acurrucados como perros y el cabrilleo de la llama en el cañón del rifle. Kino se retiró en silencio al fondo de la cueva. Los ojos de Juana parecían chispas reflejando luz de una estrella.

Kino se acercó a ella y pegó sus labios a su mejilla.

-Hay un medio de acabar con esto -le dijo.

-Pero te matarán.

Si llego primero hasta el hombre del rifle, todo estará resuelto. Dos de ellos duermen.

La mano de ella salió de debajo del chal y cogió a su brazo.

-Verán tu traje blanco a la luz de las estrellas.

-No -arguyó él-. Además, lo haré antes de que salga la luna.

-Buscó en su cerebro alguna palabra de ternura, pero no dio con ninguna---. Si me matan -se limitó a decir- quédate quieta, y cuando se hayan ido, vete a Loreto.

La mano de ella tembló ligeramente.

-No hay otro camino -insistió él-.

Si no lo hago así, por la mañana nos descubrirán.

-Ve con Dios -dijo Juana, con voz temblorosa.

Él la miró de muy cerca y vio sus grandes ojos abiertos. Alargó la mano y la apoyó unos momentos sobre la cabeza de Coyotito. Luego rozó con suavidad la mejilla de Juana, que contuvo el aliento.

Dibujada sobre el cielo en la entrada de la cueva vio Juana la silueta de Kino despojándose de sus ropas, que a pesar de lo sucias que estaban se verían demasiado blancas en la oscuridad de la noche. Su piel curtida y morena le protegería mejor. Luego vio cómo ataba el mango del cuchillo al collar que pendía sobre su pecho, dejando así sus dos manos libres. No volvió junto a ella; por un momento fue su cuerpo una mancha oscura en la entrada de la cueva, y luego desapareció.

Juana se adelantó hasta la abertura y miró hacia fuera. Miraba como un mochuelo desde su agujero en la montaña, y a su espalda dormía el niño sobre la manta. Juana murmuraba su extraña mezcla de oración y conjuro, sus Avemarías y sus imprecaciones contra aquellos lúgubres seres inhumanos. La noche le parecía menos oscura al mirar desde allí, y al este del horizonte veía una cierta luminosidad reveladora de la próxima aparición de la luna Y, al mirar hacia abajo, vio la luz del cigarrillo de hombre que seguía en vela.

Kino bordeó la cornisa de piedra como lo haría una lenta oruga. Había dado la vuelta a su collar para que el cuchillo pendiera a su espalda y no pudiera tintinear contra la pared de piedra. Sus dedos extendidos tanteaban las montañas, sus pies hallaban apoyo en los salientes de la roca y

su pecho se balanceaba sobre el muro en lento avance. Cualquier ruido, un guijarro que rodase, un suspiro, una involuntaria palmada sobre la roca, despertaría a los tramperos dormidos. Todo lo que fuera insólito en la noche los pondría sobre aviso. Pero la noche no era silenciosa: las ranas arbóreas que vivían cerca del arroyo charlaban como pájaros, el desfiladero se llenaba con el chirriar incesante de las cigarras. En la cabeza de Kino había otra música, la del enemigo, palpitante, al acecho, y sobre ella la Canción Familiar se había hecho intensa aguda como el maullido de un puma hembra. La canción de la familia vivía con intensidad y lo impulsaba hacia el enemigo. Las cigarras parecían haberse apropiado la melodía y las ruidosas ranas repetían de vez en cuando fragmentos de su música.

Kino resbalaba por la ladera silencioso como una sombra. Un pie desnudo avanzaba unas pulgadas hasta que los dedos se afianzaban en el escalón de piedra, luego descendía el otro pie, y la palma de una mano le seguía. Después la otra y al final el cuerpo entero, sin que pareciera haberse movido, estaba más abajo.

Kino llevaba la boca abierta para que su respiración no fuera ruidosa, porque sabía que no era invisible. Si el centinela, al oír algo, levantaba la vista hacia la pared desnuda, lo vería. Por ello tenía que moverse muy lentamente. Tardó muchísimo en llegar al pie de la pared granítica y entonces se escondió tras de una palmera enana. El palpar de su corazón era como un trueno en el pecho y el sudor bañaba su cara y sus manos. Se tendió cuanto largo era y respiró hondo para aquietar sus nervios. Sólo le separaban veinte pies de sus enemigos y trataba de recordar la topografía de aquel espacio. ¿Había alguna piedra que pudiera detenerlo en mitad de su carrera? Se frotó las piernas para evitar calambres y se dio cuenta de que sus músculos estaban deshechos por efecto de la prolongada tensión. Entonces miró temeroso hacia Oriente. La luna saldría dentro de pocos minutos y él tenía que atacar antes de que saliese. Veía la silueta del centinela, pero los que dormían quedaban fuera de su área visual. Era el despierto el que tenía que caer bajo su ataque, rápida y decididamente. Silenciosamente desprendió del collar el gran cuchillo, pero era demasiado tarde. Al levantarse de su escondite asomó al borde del horizonte el disco lunar, y Kino volvió a dejarse caer.

Era una luna reducida y opaca, pero llenaba de luces y sombras todo el desfiladero. Kino veía ahora con toda claridad la figura del hombre acurrucado junto al arroyo. Estaba mirando a la luna; encendió un cigarrillo y la cerilla iluminó su rostro un instante. No podía haber esperas; cuando volviese la cabeza, Kino saltaría. Sus piernas estaban contraídas como muelles de acero. Y entonces llegó desde arriba un lamento ahogado. El vigilante volvió la cabeza para escuchar y luego se puso en pie, y uno de los durmientes se agitó, incorporóse y preguntó:

-¿Qué ocurre?

-No lo sé ---confesó el otro-. Parecía llanto, como el de un niño.

El que acababa de despertarse contestó: -No puede asegurarse. He oído a coyotes llorar como criaturas.

El sudor caía en forma de gruesas gotas por la frente de Kino hasta sus ojos, que le escocían. El débil lamento se repitió y el centinela miró hacia la cueva, en la pared del norte.

-Es posible que sea un coyote --dijo, y Kino oyó el ligero ruido del cerrojo del rifle.

-Si es un coyote con esto se callará --observó el desconocido, levantando el rifle.

Kino había saltado ya cuando sonó el disparo y el fogonazo se reflejó en sus negras pupilas. El gran cuchillo describió un círculo en el aire en busca de su presa y se hundió con sordo ruido entre cuello y pecho.

Kino era una terrible máquina. Se apoderó del rifle en el momento en que soltaba el cuchillo, lo alzó en el aire y lo descargó con fuerza sobre la cabeza del hombre sentado, rompiéndola como si fuera un melón. El tercero huyó de espaldas, como un cangrejo, se cayó dentro del remanso y trató de encaramarse a la orilla opuesta con movimientos frenéticos. Sus manos hacían gestos desesperados por alcanzar los sarmientos de vid silvestre y sus labios emitían gritos ahogados de terror. Pero Kino tenía ahora la dureza y frialdad del acero. Se echó el rifle a la cara con deliberación, apuntó e hizo fuego. Vio a su enemigo caer de espaldas en el agua y se acercó a él en dos zancadas. A la luz de la luna, vio sus ojos aterrorizados con algo de vida, y volvió a disparar entre ellos.

Luego Kino se detuvo, incierto. Algo no había salido bien, una idea desconocida e inquietante trataba de abrirse paso hacia su conciencia. Ranas y cigarras habían callado. El cerebro de Kino se despejó un poco y se dio cuenta del sonido: el agudo, lloroso, histérico grito de dolor ante la muerte.

En La Paz todo el mundo recuerda el regreso de la familia; puede que sólo unos viejos lo vieran, pero también lo recuerdan aquellos que lo oyeron de labios de sus padres y abuelos. Es un suceso que parece haber ocurrido, a todos y cada uno. Estaba ya muy avanzada la tarde áurea cuando los primeros chiquillos llegaron corriendo a la ciudad con la nueva de que Kino y Juana regresaban. Todos salieron a recibirlos. El sol se encaminaba hacia las montañas del Poniente y las sombras eran desmesuradamente largas sobre el polvo. Tal vez fuera éste el detalle que más impresión les produjera. Entraban los dos en la ciudad por el camino del interior, y no iba Juana detrás de Kino como siempre, sino a su lado. Tenían el sol a la espalda y parecían empujar ante sí largas tiras de sombra. Kino llevaba un rifle al brazo y Juana un chal formando una pelota a la espalda. El chal estaba manchado de sangre seca y oscilaba con el paso de ella, cuyo rostro estaba endurecido por la fatiga y por la tensión con que intentaba dominar a aquélla. Sus grandes ojos miraban al vacío. Los labios de Kino estaban apretados, como sus mandíbulas, y explican los testigos que el miedo iba con él, peligroso como una tormenta en ciernes. Relatan los mismos que ambos parecían distantes de cuanto existía de humano; habían atravesado la tierra del dolor y alcanzado la margen opuesta; había algo mágico en torno a ellos. Los que habían acudido a recibirlos se apartaban sin dirigirles la palabra. Kino y Juana atravesaron la ciudad como si no existiera. Sus ojos no dejaron un momento de mirar adelante, sus piernas se movían mecánicamente, como si lo hubieran aprendido demasiado bien, y su rigidez era terrible. La ciudad se asomaba a las puertas y ventanas de sus paredes encaladas a mirarlos. Kino y Juana descendieron de la ciudad al arrabal de los pescadores, y sus vecinos les abrieron paso. Tomás alzó la mano en un saludo que no llegó a aflorar a sus labios y la mano permaneció vacilando un momento en el aire. En los oídos de Kino la Canción Familiar era aguda como un grito, y era un grito de batalla. Atravesaron la requemada plazuela que había ocupado su choza y no se dignaron mirarla. Bordearon los chaparrales que crecían frente a la playa y se acercaron al agua, sin mirar la destrozada canoa de Kino. Al llegar al agua se detuvieron y miraron hacia el Golfo. Kino dejó en el suelo su rifle, rebuscó entre sus ropas extrajo la gran perla. Contempló su superficie gris y suave. Ante sus ojos desfilaban rostros malignos entre resplandor de llamas. En la nacarada superficie veía los ojos agónicos del trampero ahogándose y a Coyotito en el

fondo de la caverna con la cabeza partida de un balazo. La perla era fea, gris, maligna. Kino oía su música, melodía de locura. Temblándole la mano se volvió hacia Juana enseñándole la joya. Ella seguía a su lado con el sanguinolento saco al hombro; miró la perla en la mano de él, luego a sus ojos y dijo en voz baja

-No, tú.

Kino echó atrás el brazo y lanzó la perla con toda su fuerza. La vieron brillar unos instantes a la luz del sol y luego la salpicadura en el mar a lo lejos. ` Permanecieron largo rato con la mirada puesta en el mismo punto. La perla entró en el seno de las aguas verdosas y descendió lentamente hasta el fondo. Los ondulantes tallos de las algas la atrajeron y ella se dejó abrazar. Las luces verdes del mar se repetían con gran belleza en su superficie. Por encima, el agua era un espejo ondulante. Un cangrejo que se arrastraba entre el limo levantó una nube de arena y cuando el agua recobró su nitidez la perla había desaparecido. Y su música se convirtió en un murmullo que no tardó en extinguirse.